

**FÁBULA DEL GUSANO DE SEDA
Y SU PRESENTACIÓN EN SOCIEDAD**

*Del libro
Noé Delirante*

Me ovillo
en mi soberbia.

El capullo me teme,
la dulce abeja
se entigrece al verme.

El tul azul
de la libélula
en hilos
de mi taller se enreda.

Soy, distinguida
concurrencia,
el gusano de seda.

EL GRILLO Y SU FÁBULA

(Poética)

El grillo ensaya
su ópera silvestre
en una sola cuerda.

No desmaya.

Poeta de aldea
pentagrama verde,
¡cuánto dieras, cigarra,
por conocerme!

FÁBULA DE LA CIGARRA

1

Susurrando
a sazonar madruga
de cera su turrón la abeja,
edifica la hormiga
su morada,
reúne los cereales
negándose a ser explotada.

Publica su algarabía,
en alta fidelidad,
la cigarra.

2

Mientras la abeja liba,
mientras guardan el grano,
sin tregua las hormigas,
la cigarra... ¡ay
cigarra, guitarra
de la tarde,
incomprendida!

FÁBULA BIOGRAFICA DEL ZANCUDO

Noctámbulo y sinuoso,
emblema de la parca,
arrastra mala fama
por toda la comarca.

Por su sed insaciable
y su cárdena renta:
espectro de oligarca.

No vive de sus manos,
colérico y picudo,
sorbe la sangre ajena
el fúnebre
zancudo.

FÁBULA DEL CANARIO

1

Trino,
lloro
fino,
rubia
lluvia
de oro.

2

Saltando
de alba en alba,
en una y otra rama
extiende su estribillo.

Cantarina jaula,
breve cántaro de cantos,
amarilla fontana.

El canario es el grillo
en la edición de la mañana.

A Alejandro Romualdo

FÁBULA Y CARICATURA DEL SAPO

De lo más fresco.
Sarcástico.

Boca dando saltos,
buzón acuático.

Pobre
corneta afónica.
Músico despedido
de la sinfónica.

FÁBULA DEL ESCARABAJO

Le huyen los saltamontes.
Las arañas detienen
minúsculos talleres.

Las cigarras enmudecen
mientras irradian sombras.

Burgués contaminado,
escaravaro,
escabizbajo,
lleva un mundo en sus manos,
maese escarabajo.

FÁBULA Y METAFORA DEL GALLO

Reloj despertador,
hijo apócrifo del papagayo.

No anuncia la madrugada
el tornasol clarinero.

¿Qué tiene el gallo
que se ha callado?

Hay que llevarlo al relojero.

FÁBULA DE LA PARRA BOHEMIA

Hipa, canta,
se tambalea
la parra.

Rompe los frascos
de su propio aroma
y se embriaga.

¡Que locuaz y bullanguera
rasgando la guitarra,
descorchando otra botella,
la parra!

FÁBULA DEL ESPANTAJO

¡Cómo
llora
en silencio el espantajo
con
las
lá
gri
mas
blan
cas
que
le
ha
pintado
un
pájaro!

BREVÍSIMA FÁBULA DE LA PERSIANA

Cebra
que se quedó atrapada
en la ventana.

COWBOY Y LA FÁBULA DE BUFFALO BILL

Winchester y colt 45
de Cara Pálida
embistiendo en el oeste.

Lo mira
-mirada de águila-
el indio Toro Sentado.

Civilizado Buffalo
Bill,
animal bravo ostentando
estrella de Sheriff.

A Piel Roja,
a Piel Negra,
a Piel de Bronce,
a Piel Amarilla acosando
el traficante de pieles,
Buffalo Bill.

**FÁBULA DEL SUPER RATÓN MICKEY
TENEBROSO AGENTE DE LA CIA**

Mickey,
super, núbil, candoroso
y giratorio ratón
manejado a control remoto,
cibernético digitigrado
con alas plateadas
de helicóptero.

Cinta magnetofónica y ojo
mágico en la cabina
del jet, en
los armarios, en
los teléfonos, con cámara
fotográfica, Mickey,
en el cajón, merodeando
con lupa en el tejado.

En este ratón ¡Miau! ¡Miau!
hay super gato encerrado.

FÁBULA DE TOM & JERRY

Plantas de goma
(Good Year)
sobre la alfombra,
Tom.

Jerry,
como el che,
fuma habano.

Ojos de diamante,
Tom,
bigote y olfato,
él un tigre de papel
faciendo papel de gato.

Mínimo Jerry,
en las narices de Tom,
transmutándose en lagarto,
en largo largo lagarto.

FÁBULA DE SAM, EL LOBO FEROS

__ Sam, Tío Lobo,
con cara de Cordero Pascual
¿y el radar que tienes, dime?

__ Para detectar tus pasos
internándose en el bosque.

__ ¿Y tu cámara de rayos
infrarrojos, Tío?

__ Para detectar por el olor
el fiambre de tu mochila.

__ ¿Y tu rayo láser, Sam Tío Lobo?
__ Para cocinarte y comerte mejor.

__ ¡Que te parta un rayo,
torvo Tío de la Muerte!

FÁBULA DE RICO MAC PATO, TÍO DE DONALD

Pato pata amarilla,
pato coupé
pato Ford
de acornetado claxon
prepotente.

Non el pato de Pekín,
non el pato golondrino,
non la oca silvestre.

Es Rico Mac Pato,
tío de Donald,
sombrero texano,
líder pato de occidente.

Ala que alardea,
nada urraqueando,
de yate en yate
zambulléndose en agua ajena.
Pato de disneylandia,
pato rico, pato
antipático de ruidosa
bocina: Mac Pa-to,
Mac Pa-to, Mac ...
pato mentecato,
presto ansiamos verte
guisado en el plato.

AUTOCRÍTICA DEL CUERVO

Hasta mi propia sombra
me huye
cuando cae la noche.

(libertad provisional)

Cuando llueve
todos quedamos enjaulados.
¿Ni el paraguas
puede liberarnos?

(pequeño diluvio)

Como copie a la nube
su modo de llover,
la cebolla va a obligarme
a comprar un paraguas.

MONÓLOGO DE LA PARRA EN EL INVIERNO

Estoy flaca
y deshilachada,
tengo los pezones secos,
una hoja (de parra)
cubre mis desnudeces.

En el verano soy una joven
con los cabellos
y los senos verdes.

A Andrés López Dominovich

BIOGRAFÍA SECRETA DE LA GUITARRA

Mujer de nogal,
mujer nacida en el centro de un bosque,
mujer con un mirlo en la garganta,
mujer que pudo ser sirena,
mujer que se transmuta en pájaro,
mujer sobre góndolas navegando,
mujer de un solo ojo como la Luna,
mujer ojerosa,
mujer voluble,
mujer oculta en un gramófono,
mujer prendada de un violín,
mujer gimiendo al pie de una ventana,
mujer amancebada con gitanos,
mujer violada por bardos y juglares,
mujer perdida,
mujer de rompe y raja,
mujer de mano en mano,
mujer de bandoleros,
mujer entre rejas,
mujer decapitada,
mujer esculpida a tajos,
mujer sin brazos y sin rostro,
mujer muerta con un forado en el vientre,
mujer durmiendo dentro de un ataúd.

¡Mujer resucitada!
Venus de Milo de los borrachos.

**PREGUNTAS A MATIBEL SOBRE
LOS SECRETOS DE SU GATO**

¿Quién le puso calcetines
marrones a su gato?
Se pasa hurgando las cosas
¿quién le escondió los zapatos?

Si no le crecieron alas
¿por qué tiene vuelo?
Con el azul de tus ojos
¿quién le ha pintado los sueños?
Con el azul de tus sueños
¿quién le ha pintado los ojos?

¿Por qué quiere ser cometa
de siete colas?
¿Qué le ha impedido ser flor?
¿Por qué finge ser pescado?
¿Se está transmutando en cisne?
¿Antes de gato fue pájaro
con disfraz de tigre?

¿Quién le ha comprado un abrigo
de piel (de gato), quien
le ha bordado los guantes,
quién le ha puesto mostachos
blancos, quién le ha pintado
las puntas de las orejas,
Matibel, a tu gato?

Gato, tú, de Matibel
entre sus brazos dormidos
gato que no eres tú, dime quién
sus labios ha mordido, quién
le ha erizado la piel, quién
le maúlla al oído, quién
duerme sobre su lomo ¿Por qué
encarruja la cola? ¿Por qué deja
la ventana abierta? ¿Por qué
jadea la luna? ¿Por qué
se emborracha el viento? ¿Por qué
el cielo se sonroja? ¿Por qué gime?
¿Por qué araña? ¿De qué gozos se agazapa?
Gato, tú, de Matibel,
gato que no eres tú, dime ¿quién
le sosiega las ansias?

Alas los ojos y los sueños alas,
alas los trinos
y las plumas alas,
alas las hojas,
las raíces alas,
alas el padre sol,
alas la lluvia que se desmadeja,
alas la tierra madre,
alas la luna-luna,
alas las flores,
alas tus manos,
tus pinceles alas,
Alfonso, ruiseñor-de-los-colores,
la libertad canta en tus alas.

1

No se sabe si es hija del sol o de la bruma,
apenas si se le adivina.

Tilsa, guerrera
amamantada por un puma.
Tilsa sobre un pájaro neblina.

2

Yo la he visto morir naciendo a mares,
deshacerse en la nada hasta volverse todo,
reencarnarse en la cresta de una ola,
emboscarse en la copa de los árboles,
abrazarse sin brazos a un piano de cola.

3

La estoy viendo atisbar desde una gruta.
Le hurtan sin piedad su secreto las flores.
Los pájaros se sumergen en su paleta
como en una cesta de frutas.
Se bañan en su sombra los girasoles.
su pincel es la cola de un cometa,
ala desenterrada, raíz volando sola.

Ella inyecta el fósforo a las luciérnagas.
En el fondo del mar, debajo de la tierra
incendia los corales y las amapolas.
Hipnotizados astros y peces le obedecen.
Como la aurora o los atardeceres
da el toque de calor que le falta a las cosas.
Su ojo pequeño es el enorme ojo de la luna.
Sueñan con ella faunos y mariposas.

La luna no es astro,
la luna no es blanca,
la luna no sale de noche,
la luna no es redonda,
la luna no será habitada,
la luna nada tiene que ver con las mareas
ni con los cosmonautas,
la luna es una flor amarilla hecha de vapor
niquelado,
la luna es el atisbo inquietante del Narciso
desorbitado y loco,
a la luna en su mansedumbre sólo le falta
el cisne,
en los crepúsculos la luna funde su metal
para enchapar la cola de las sirenas,
una mujer desnuda sumergida en
un estanque
es la otra cara de la luna,
por la cascada sabemos que la luna precipita
sus represas,
las bestias engullen la luna en los abrevaderos,
presa de pánico la luna acepta que los lobos
acicalen el colmillo en sus escamas,
la luna es el ojo del náufrago en el temblor
supremo del sobresalto,
los lancharos decapitan la luna con sus remos,
la luna es la sombra amoratada del ahogado
persiguiendo sin sosiego a los navegantes,
la luna ronda los sueños.
La luna es el atajo por donde huyen los
enamorados.

*a Fernando Quiñones,
a Nadia Consolani*

(el poeta)
Para bucear imágenes
me sumerjo en el sueño,
para cazar sirenas
tiro mi anzuelo al espejo.

(museo de cera)
El espejo se vuelve
-no lo olvidemos-
coleccionistas de máscaras
cuando envejecemos.

(paisaje)
¡Ah, mi viejo mueble de pino
con su espejo biselado,
antes de ser ropero
fue bosque
con su pequeño lago!

La huerta y sus racimos,
el cielo de los pájaros,
aquella flor que pasa,
(la rosa es esta Rosa
que perfuma la casa).
En Santa Inés, morando
entre el cerro y el río.
Duendes, árboles, sueños:
el universo mío.

Nadie podrá convencerme
que el tren
no es larva mariposa,
que el avión
no tiene plumas,
que el mar
no bebe cerveza,
que la luz
no es una flor.

FIEBRE AMARILLA

Amarillo,
amarillo, amarillo,
amarillo, amarillo, amarillo,
¿de qué color nacerán los canarios,
la retama, el limón y el membrillo
si el otoño sigue despilfarrando
todo amarillo,
amarillo, amarillo,
amarillo?

EL CABALLO Y SU SOMBRA

Silenciosa
al galope pasa
la sombra de un caballo blanco.
¿Y el caballo?
¿Y el jinete?
¿El jinete no llevaba sombra?
¿Por qué sola y blanca
la sombra del caballo?
¿Qué callan las herraduras,
por qué callan?

Al galope pasa
hasta perderse en el horizonte,
presa de espanto la sombra indómita
del caballo sin rumbo.

A Carlos Bousoño

LO FATAL

Por este arisco atajo
-oh hueco negro- adónde iremos,
de que estrella venimos,
el Arca que nos trajo
dejó caer sus remos,
aún no llegamos y ya nos fuimos.

CICLOS DE VIDA

Vuelve todo a la tierra,
nuestro cuerpo,
los pájaros,
el polvo de las estrellas.

Retornan a la tierra,
otros cuerpos,
otros pájaros,
otras estrellas
que iluminan nuestros cuerpos
soñando bajo la tierra
mientras callan los pájaros.

EL MAQUING OF DE SUPERMAN

Christopher Reeve
se transforma en Clark Kent
y Clark Kent en un cuerpo celeste
de luminiscente S en el pecho,
ángel de acero de alas niqueladas
que habita con los astros
y se desplaza entre los rascacielos.
Pegaso le enseñó a cruzar los aires
y de su impulso surgió Superman.

Donde timbra un SOS
más veloz que el sonido Superman,
esa luz que se aproxima es Superman,
la salud del planeta es Superman,
Superman en los brazos de Diana
y Diana en sus brazos con una flor.
Nunca fue Superman más Superman.

No es un ser de ficción,
es más real que Neil Amstrong en la luna
o que la nave Apolo en el espacio.
Cisne de alas plegables y quebrantado cuello,
Christopher Reeve en su silla de ruedas
remonta el infinito,
sus alas de gigante le impiden caminar.

DESNUDA MÍA

Permaneces junto a mí,
desafiándome.
Sólo siento que me perteneces
y que obstinadamente callas.

No sé qué decirte
cuando me observas sin ojos,
pálida como la luna.

Eres la mano de nieve
que en el invierno estrecho entumecida,
la estepa solitaria en la que ardo al sol
recorriéndote toda,
fatigado y sediento.

Amo con pasión tu espacio infinito,
torso sobre el que caigo rendido
sin arrancarte a veces ni una sílaba.

¡Ah, desnuda mía,
sensualísima página en blanco!

EN EL CEDAR'S HOSPITAL

¿Y si a los taitontos años de mi edad
los resultados del examen clínico resultaran
preocupantes?
No se cohíba, doctor, en decírmelo
aun si fueran mortales.
Que si hay necesidad de cambiar de filtro
a los riñones... (en buena hora);
que si el colesterol vuela alto... (aterrizaremos
juntos);
que si el corazón se fatiga... (el precio de tanto
amor);
que si el hígado está chiflado... (que le vamos
a hacer);
que si existe amenaza de embotellamiento en
las arterias (sería una catástrofe);
que si el azúcar... (y uno es tan dulce hasta en
las amarguras);
que si una sombra en los pulmones... (está
todo tan contaminado);
que si el páncreas... (no olvidar que el
páncreas mató a mi madre);
que si la osteoporosis...
que si la próstata...

Dígame doctor, los resultados
aunque los días que me aguardaran
no fueran numerosos.
Comprenda que todo tiene su fin de fiesta
y uno debe dejar sus papeles en orden,
reunir y dar los últimos toques
a unos versos a mediodía, desaliñados,
empaquetar sus chibas
irse lejos, muy lejos
con su música a otra parte.

A Hernán Carrión

TARZÁN Y EL PARAÍSO PERDIDO

*Del libro
Prosa de Juglar*

¡Aaauaúaaa...! ¡Aaauaúaaa...!

Tarzán (Johnny Weismuller) es internado
en un manicomio por creerse Tarzán.

Su grito, que asusta a médicos y enfermeras,
no es el clarín con el que hacía su victoriosa
aparición en la pantalla. El grito a Tarzán no
le pertenece. Fue un collage de sonidos
confeccionado y patentado por la Warner
Brothers: decantaron en el laboratorio los
gruñidos de un cerdo y las notas de un tenor.

Tarzán en el sanatorio para artistas (retirados)
de Hollywood,
abatido y vencido por la camisa de fuerza
(él que encarnó la fuerza sin necesidad
de camisa).

Hoy casi a oscuras y ayer mimado por los
reflectores.

Tarzán víctima de una dolencia cardíaca
se toca el corazón y piensa en Jane.

Desamparado llama en su desesperación
a Chita

(entre sombras ve y besa a Chita como si fuera
su madre.

Chita se limpia la boca, hace morisquetas
y dando volatines desaparece),

llama a Chita para que lleve un recado
pidiéndole ayuda a Jane.

Pero Chita no podrá acudir. Chita no existió
en la vida real.

(Eran ocho monas chimpancé, ocho monas
que parieron su estampa cinematográfica).

Y Jane,

la bella silvestre de los niveos brazos,

ya no lucirá más su silueta junto a Tarzán,
porque Jane ya no filma. Hace mucho tiempo
que se le venció el contrato con la Warner: las
piernas de Jane ya no están todo lo tersas que
uno quisiera para hacerlas figurar en el
reparto.

(Ah, Jane, paraíso perdido, divino tesoro,
ya te vas (para no volver),
cuando quiero llorar
pienso en ti, mi dulce Jane.
Cuánto hubiera dado por tenerte en
mis brazos,
por confesarte mi amor: Yo querer mucho
a Jane.

Silencio insensato que guarde por culpa de mi
testaruda timidez.
por culpa de los barritos de mi precoz
adolescencia.
Ah, Jane, ya no adoro tus senos besados
por las lianas.
Tus senos asediados al centímetro por flechas
y lanzas.
Ya no adoro tu rostro
que el tiempo implacable ha ido modelando
a su capricho.
Tu rostro que acaricié con ternura (a
escondidas del público) en todas las carteleras.
Que no me digan nunca que te quitaste
el maquillaje.
Que no me enseñen nunca tus cabellos de
desfalleciente plata.
Para mí tú serás siempre la linda muchacha
que yo amé matalascallando,
que yo ayudé a inventar con mis ensueños en
los destartados cines de mi barrio, mi
inolvidable Jane).

En su cuarto Tarzán da vueltas como un
condenado y en su rayado papel de loco
repara en el espejo del lavabo y quisiera
lanzarse.

Tarzán varias veces campeón olímpico
de natación.

Amor, juventud y dinero, la veleidosa gloria:
todo desde el trampolín se le fue al agua.
Todo se lo devoraron con veracidad las fieras.

Entre paredes pálidas que su insomnio decora
de enredaderas
por sentirse libre (al final de la película) se
aferra a sus sueños:
se sueña sobre el lomo de sus elefantes y
sonríe.
Se sueña venciendo a sus repujados
cocodrilos de cartón.
Ve acercarse a sus leones de felpa (pura
melena) y Tarzñan siente miedo
y tiembla y grita como un desventurado niño
de pecho:
¡Aaauaúaaa...! ¡Aaauaúaaa...!

Pobre Tarzán indefenso y desnudo,
descolgado del ecran por inservible,
loco, completamente solo entre los locos,
aullando perdido en su paraíso perdido,
sin Jane, sin Chita, sin fuerzas, sin grito,
solo con su soledad y sus taparrabos.

A Mario Benedetti

LA MILITANCIA DE MAJO

Los ojos amarillos de mi perro Majo cantan al sol como dos canarios. Jamás ladra a la luna como hacen los perros pánfilos. Él la contempla embelesado. Lo encela la luna llena, es su tentación.

A la menor sombra de la noche opone la blancura de sus dientes. Se desgañita, salta, vuela por atraparla. Del jardín, las mariposas y los colibríes lo alucinan.

Aunque una orden para él es sagrada, en algo no transige: todas las mañanas, con una insospechable fuerza atlética, vence la fornida puerta del garaje, alza la pata, pone cara de alivio y de victoria y descarga toda su frescura en las flamantes ruedas de mi automóvil.

He intentado formas de persuasión, desde la amenaza a la reclusión y el ayuno. Todas han sido en vano.

Atribulado, casi rendido como los pobres gatos que descuajaringa, he optado por aceptar su conducta mañanera, el irreverente rocío matinal.

Aros recién pintados, escarpines, llantas nuevas. ¡Ajá! Majo se ha politizado, me digo. Es su modo de protestar contra esta insensata sociedad de consumo.

MI MADRE

*Del libro
Puerto de la memoria*

1

Mi madre se llama Ana.
Desde su ausencia vela por nosotros,
aunque ya no responde
cuando se la llama.
Inmóvil y pálida
reposa en un hueco inhóspito.
En vida movió cielo y tierra
para que sus hijos
no nos faltara nada.
Santa Ana,
la madre de la madre de Dios,
en la que depositó tanta fe,
abogue por ella ante el Señor.

2

Cinturas sísmicas
de varias Anas
descoyuntaron mi juventud;
grado 7 en la escala de Richter.

3

¿Sobrinas Anas? A montones; Ananda, Loana,
Giuliana, Ana María, Ana Mariela, Roxana.

Ana también mi hermana Ana,
grande de ojos y figura menuda.
No podía entre mis hijas
faltar una Ana y, como si fuera poco,
otra hija: Nadiana.
No se quedó atrás mi Javier,
aportó a la familia su Ana de Sanabria,
una Ana castellana.

4

El amor de mi madre no tiene límites,
para estar con nosotros en todas partes,
hecha tierra,
se multiplica en Anas:
es la luz suave que me despierta por la
mañana
y la que cuida mi sueño
entrando silente con la luna por mi ventana.
Ana, Ana, Ana, Ana,
hasta cuando como una ManzAna.

MI PADRE

Por igual el sombrero de mi padre
saludó al magistrado,
al talabartero,
al coronel de policía
y al remienda-zapatos.

El cerrajero, el verdulero,
el afilador de cuchillos,
el vendedor de pan,
el peón de las haciendas,
a su paso o a la distancia,
deteniéndose, lo saludaban,
y él respondía sacándose el sombrero.

El doctor Corcuera en su despacho de juez,
en su sillón de Vocal de la Corte,
siempre un hombre sencillo,
amable en el trato, justo en la sentencia.

El mismo peso del sombrero
en cada plato de la balanza.
Nunca se cubrió el rostro
ni se manchó las manos
ni le mezquinó una palabra
cordial al condenado.

Mi niñez y mi adolescencia
lo recuerdan en estos años
que me acerco a su edad.

En su ciudad natal
lleva una calle su nombre,
y el hombre del pueblo,
al descubrir su placa,
se saca el sombrero.

LA MAMATOLA

Hace años que no voy al cementerio a visitarte, abuela,
mamazoila, mamatola en nuestra lengua de
pilluelos, mascullar cariñoso con el que te
bautizamos para siempre.

Es en el cementerio donde menos te busco y donde
menos te encuentro.

No acepto hasta hoy saberte ahí emparedada, tapiada,
rodeada de muertos desconocidos que murieron
sabe Dios de qué tristezas, de que tercas
enfermedades, de qué padecimientos inconsolables.

Convives, muy a tu pesar, con muertos que quizá
carezcan ya de familiares, sin gladiolos en sus
tumbas, como la tuya, sin una oración que los
reconforte en su cortejo final a la fosa común, suerte
que nos depara a todos tarde o temprano, abuela.

Cómo pudiste morirte nacida tu para madre y acunar
engreidora a tantas criaturas en tus brazos.

Cómo olvidar que medio planeta de nietos
quedó huérfano con tu muerte, después de una
enfermedad larga y penosa que incendió de
sombras la casa.

Te imagino inquieta en tu quietud, preocupada por
los nietos, por el frío que pudiéramos padecer con
los ventarrones de invierno.

El mar rugía y encrespaba al cielo su melena blanca.

Te vuelvo a ver curándonos el sarampión, la rubéola,
la tos ferina, el mal de ojo, las rechonchas paperas,
única vez que fuimos en nuestra infancia gordos.
Casi te oigo refunfuñar por sentirte estirada en la caja,
incómoda, tú la más sencilla de las abuelas; de
saberte condenada a la ociosidad, tú que en la vida
diaria no conociste reposo, ni en las noches en
blanco, espantando el sobresalto de los sueños.

Diría que te veo con tu crochet tejiendo patucos de
lana a las hormigas para que no se hirieran al
cargar el grano; zurciendo grietas y fisuras en las
profundidades, recolectando semillas; bordando
flores con hilos como los que utilizabas para
embellecer con encajes los mantones de la Virgen
Hada del cielo que te habrá cubierto con su manto
divino, también bordados por tus manos.
Me parece verte amamantar las raíces, abrigar en tu
seno, para que no despierten, los chanchitos de
tierra, quietitos como tus párpados dormidos; verte
convertir los gusanos, con solo tocarlos,
en mariposas de alas doradas madre.

LA VISITA

Vuelvo a la casa de mi infancia. Nada
dice que fue mi casa, caracola
vacía. Yace sola,
entre nieblas de arena, anubarrada.

Lóbrega la farola
se hundió en la cresta de una marejada;
flota sin rumbo, va destartalada,
mustio navío que volcó la ola.

Son en su mundo incierto
mi casa y sus fantasmas más lejanos
ánimas forasteras en el puerto.

Los recuerdos son vanos,
me dice el mar que ya todo está muerto
y siento un frío helado entre las manos.

LAS PUERTAS Y LAS PENAS

Puertas que van a dar al mar o al amar,
puertas por donde se ingresa inexorablemente
al olvido, puertas como ganzúas, puertas
abiertas al vértigo de las pesadillas, puertas
en abandono, enmohecidas, pesarosas,
aguardando el día de la demolición, puertas
en espera de la llave que jamás las ha de abrir,
puertas por donde huyen estrellas y leones,
puertas como labios incitando al peligro,
puertas coronadas de enredaderas y silencio,
puertas de una sola hoja, en medio de la
agonía del otoño, puertas tapiadas con
piedras y fantasmas, puertas abatidas que
ardieron vivas y sobrevivieron al incendio,
puertas pintarrajeadas como las mujeres de la
noche, puertas que conducen a ninguna
puerta, puertas que enloquecen a quienes las
trasponen, puertas sin centinelas, sin historia,
a tientas, sin el ojo de la cerradura, puertas
enfermas, contagiadas de los escalabros,
irreparables del amor, puertas sin dinteles, ni
ventanas clausuradas en soledad como los
párpados, los monasterios o las lápidas,
puertas infinitas como túneles de rápidos
espejos, puertas que enmudecieron para
siempre como los torturados.

MI ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO

(Colofón a Noé delirante)

*Del libro
A bordo del arca*

Aquí encalla el Arca de *Noé delirante*.

Un descanso en paz merezco después del diluvio y de la blanca
palomica que al Arca con el ramo se ha tornado.

No quiere decir que llegué al fin de la travesía.

Mañana quizás enchape vigas nuevas y suban otros
pasajeros.

Remando y martillando cumplo en este trajinar tres
décadas.

Podría haberlas dedicado a menesteres más rentables de
haber escuchado malos consejos de buenos amigos.

Mirándome al espejo me examino y entre mi repito:

¡Ya viene el cortejo! ¡Ya viene el cortejo!

¡Ya se oyen los claros clarines de mis patas de gallo, a las que
recomiendo no adelantarse a cantar victoria!

Este libro reverdecí de canas mi cabeza (no cesa la Luna
de llorar sobre mis cabellos) y sorprende al invierno con
sus perlas acicalando al jazmín.

Mi pelo blanco enfatiza el negro de mis cejas (y viceversa).

Personifico un Narciso otoñal gozando como loco en
fuente de plata.

Doy por terminado *Noé delirante* a los cincuentaitantos (tontos)
años de mi edad.

Yo el menos santo de los varones enclaustrados en Santa Inés,
musito mis versículos, barriendo el patio gano indulgencias.

Lavo platos con brillante estilo (mejor que cuando prosa el juglar),
podo la parra, manguereo el jardín. Al palto trepo y lo convierto
en púlpito de mis églogas.

A diario confundido con los árboles terminaré aprendiendo el idioma
de los pájaros.

Soy gusano y colibrí. Sumergido tierra adentro me siento levitar.

No acaban, ninfas, de interrogar mis asombros:

¿Qué sintonizará el caracol que ha puesto antenas en su casa?

¿Por la noche los zancudos pican a las amapolas?

¿Tiene instante de ternura - jugando con sus cachorros - el huracán?

¿Si la piedra se perfila y recibe lecciones del águila aprenderá a volar?

(Murió mi perro Majo. Lo sembramos bajo la higuera.
Su sombra fiel seguirá endulzándonos los años que nos quedan.

Ensangrentada se desvanece, ay, en su dolor la rosa.
Ebria la parra llora descorchando sus lágrimas de vino
tinto.

El viento del bambú con la pena de sus quenás lo recuerda.
Recién destilas tu amargor, abeja.
Gatos que Majo magulló, perdonadlo).

Jubilado del trabajo ahora es cuando más trabajo, acabo el día hecho
trapo con la lengua fuera (mi corbata de seda natural). Velo por
mi mantención y de los míos y de mi casa, en la que me distraigo
asustando a los fantasmas.

Yo mismo seré un fantasma errante si acaso no lo soy ya.
¿Existo realmente? Sueño que existo, ¿existo? ¿y si existe nada mas
que sueño?
Quizá yo apenas sea el despertar de un sueño que para siempre de los
jamases se quedó dormido.
¿Materia de estrella? ¿Humus de un leño apagado? ¿Ánima
solitaria deambulando en la Tierra?
Si la vida es sueño, sueño (y no es ningún sueño) que se me va la
vida. ¿Muerdo para volver a soñar?
¿Morir es despertar, es otra vez nacer o es acabar? ¿Qué nada fui
antes de que naciera? ¿Qué vacío habitaba? ¿En la Nada tenía
rostro? ¿Volveré a tener rostro el que tuve en la Nada?

Simple, liso y sobrio, bien dispuesto en el tramo final me sea dado el
madero del arca. En sus venas abiertas deseo sentir el rumoreo
del campo.

Nada de luces ni de adornos. Paz para mis hijos ojos ciegos.
Una sola rosa ansío junto a mí. (me recordará el amor y la belleza de
la vida).
Como el otoño abandonaré al viento una tarde estas hojas.
Partiré con mis recuerdos y mis olvidos.
Nada me podrá quitar el sueño del viaje desconocido.

Me arropo con mis pesadillas en las malhadadas noches de insomnio.
En duermevela para relajarme ingiero una pastillita de Alpaz
de 0.50 mg. ¡Me llegó la modernidad!
Releo y me contagio del ardor de añejos infolios que no envejecen, y
leo cuando puedo comprar un libro.

Hago el amor que siempre puedo (siempre que puedo) en todas sus formas: escribiendo de tal laya que me entiendan hasta las mariposas (me sé de paporreta su silabario multicolor), arrancando la hierba mala y los abrojos del camino.

Me transmuto en tonto útil (*la libélula vaga de una vaga ilusión*): enseñándole a ser pata al enemigo, amándolo a traición, ungido de uno los mandamientos de Vallejo.

Destrabo la lengua y digo mi homilía sobre la libertad.

¡Qué no me vengan a mí con estatuas! ¡Pura pinta!

Descorrer el misterio de un libro de par en par abierto, como un gran amor en el lecho aguardándonos; rendirnos ante una orquídea lila que aletea recién desprendida del cielo; deslumbrarnos frente a un atleta que atrapa de un salto a la Luna (si la luna no existiera la inventaría el delirio de los enamorados) es imprescindible para el ejercicio de la libertad.

Libertad es irradiar salud en su doble sentido espirituoso, es expresarnos aun con la boca cerrada en la que no entran moscas (en estos tiempos ni los frejoles).

Leer un buen periódico de cualquier color, menos el amarillo. Para amarillos, los canarios. (Abrí la jaula y huyó el último trino del canario muerto. ¡Vuelve, infancia, vuelve pequeña mía que jamás te has ido. Infancia mía y triste no dejes nunca de llorar, desempolvad tu música).

Tener una moneda para el micro o el billete para un viaje de bodas, un queso con su choclo, un vaso de vino impaciente sobre la mesa y la familia en tranquilidad, es lo mínimo que un hombre requiere para sentirse libre.

Delirio de libertad es el delirio de Noé. Todo tiende a tener alas o a soñar (es lo mismo). Cuando digo libertad sé perfectamente bien lo que digo.

Que no fracasen en llamarme por teléfono los amigos. Sin aviso previo vengan a visitarme.

Convivo con los gnomos. Aquí no se quita la capa ni para dormir el murciélago. ¡Entre los trasgos maravillosos no eres hasta hoy mi huésped, oh Hada Cibernética!

Me mezquinas fax, celular, beeper, computadora, VHS, cocina a
microonda. No tengo ni timbre.
En esta economía de mercado, como Diógenes en las ferias,
me paseo fisgoneando todo lo que no necesito.
Necesito oxígeno, Sol, gaviotas, un sorbo de aire de mar.
Huyendo de la marea negra mi corazón es un polluelo de albatros
asilado y aclimatado al pie de una montaña.
No, los cóndores no son aves, son astros. De sus alas nace
huracanado el viento.
No los pálidos cisnes esculpidos por la niebla.
¡Me friegan las ánforas!
Me friega no verlas transfigurarse en piñatas, atiborrarse de
hortalizas, lentejas, tarros de leches, ciruelas, piernas de pollo,
helados, roponcitos, libros, discos con canciones de cuna y
de jazz: las sombras de Louis y Neil Armstrong inundando de
claridad el planeta.

Parcos y compendiosos versos de corto bordado son los de mi Noé.
¡Elogios varios que numerosos fueron, no los recuerdo!
Guarda la memoria mía sólo los juicios adversos que me enseñaron a
no dormirme en mis laureles.
Cierro este libro sin vencer ni ser vencido en esta mi Guerra de los
Treinta Años con la página en blanco – estepa solitaria por la que
anduve, ¡ay de mí!, sólo, sonámbulo y delirante –, yo, Noé, el
menos justo y perfecto de los mortales.

A Ignacio Prado Pastor

PRIMERA INSTANCIA FOTOGRÁFICA DE LA FAMILIA

En fila India.

Ahí está mi madre en la foto con su escalera de hijos como una hermana más.

Esbelta, esdulce, esbella.

Una leve sonrisa la muestra satisfecha y orgullosa de poblar de buenos hijos el planeta.

Somos siete en hilera y nadie hubiera dudado en apostar que seríamos nueve. Ahí está mi madre, doña Ana María Osores Amoretti, con su traje sastre marrón jaspeado, dispuesta a desafiar los sinsabores de la crianza en un pueblo de la sierra del Perú, a dos mil seiscientos metros de altura y de bajos salarios.

De calles empedradas como la vida.

De acequias veloces por donde se escabulle peatona la lluvia.

Con su iglesia y su plaza de toros, (toros bravos, los expedientes que lidiaba mi padre en su despacho de Juez de Primera Instancia).

Pueblo donde la gente se endulza con huiros y yacones y se arrulla en las fiestas con las oraciones del patrón San Mateo, santo que fue expulsado de una iglesia de Lima por haber dejado de hacer Milagros. Los fieles en su cofradía por deberle al santo carecen de indulgencias.

En la foto aparecemos siete hermanos: María Caridad Corcuera Osores (Maruja), Oscar Daniel, Ana Teresa (la Ñata), Zoila Elisa (la Chula), Carlos Fernando (el Coco), Nelly Rosinda y yo, Daniel Arturo (el Chisco), sosteniendo una rosa blanca en la mano, señal de buen augurio. La rosa después se haría Rosi, una dama castellana que conocería con el tiempo a orillas del Tormes.

Al pequeñín que fui le duró poco el reinado; vendrían casi enseguida, con su pan bajo el brazo. Ana María y Consuelo Esperanza, el conchito de la familia. Será consuelo y esperanza de mi vejez, diría mi padre.

Los padres ya no están.

Papá, a quien ya superé en edad, murió de insuficiencia renal, invadido por la urea.

Mamá, de un tumor de páncreas, amarilla como bañada de oro.

Y la historia de cada uno de nosotros es muy simple, con hijos y nietos, adeudos y retribuciones, como la de cualquier familia provinciana, honrada y decente, respirando sin remedio el humo de la capital.

EL JAZMÍN CON SU LOOK CON UN AIRE DE FAMILIA

Mi casa anida la enramada de un jazmín añoso que
reluce en pleno Sol como llorado por la Luna.
A su sombra leo y escribo, mientras chillan y canturrean
pájaros a su alrededor y el frescor que fluye del río
hace ondular sus reverberantes ramajes.
Me da sombra y aroma, amigos y poemas.
Es un madrigal la delicadeza pequeña de sus flores.
Llegué tarde al trabajo ¡cuántas veces! Por recoger la
Nieve tibia de sus pétalos, garúa que por las mañanas
Tapiza de plata el patio solariego de la casa.

UN SOLO DE MÁQUINA DE ESCRIBIR

No alcancé a usar pluma de ganso.

Fui escolar de pluma de acero y pomo de tinta. Ave
de pluma de cristal, de pluma fuente. En mi tinta azul
se miraban el cielo y el mar y mi traje dominguero.

(¿quién no tiene un traje azul?)

La reemplazó el bolígrafo. Creció el mundo y crecí yo.

Llegué, veloz, en locomotora, a la máquina de escribir.

Me volví gallo: picoteaba las teclas con un dedo, imaginándolas
granos de maíz. Remington Rand, te sabrás de memoria mis
primeros poemas.

Oigo hasta hoy tus conciertos de piano: Bach, Beethoven, Mozart,
Chopin, Vivaldi. Tren de escritorio (Delux Model 5) avanzando por las
cuatro estaciones.

Al final del siglo XX, en misil cibernético
te sacó de los carriles la postmodernidad.

Están frente a mí los carretes de cinta
que ya no tiñen mis manos ni mis sueños.

Del salón en el ángulo oscuro yacen mi rodillo secreto,
mi cigarra incomprendida, mi arpa olvidada.

A Rosario Torres y Luis Suarez

FÁBULA DEL CUERVO ORIUNDO DE GINEBRA

Cuando no hay un alma en casa y tengo que almorzar solo, invito al cuervo. Lo siento junto a mí en el tablero de la mesa.
Me distrae su compañía. Su lealtad supera la de algunos amigos. ¡Tan simpático el cuervo con su pico curvo, su traje negro, recién untado con los betunes de la noche, en el que relucen filamentos dorados!
Sus piernas y sus alas flexibles se acomodan a cualquier postura y a cualquier amo.

Disfruta sintiéndose a mi lado, sobre todo cuando pelo las uvas y desorbitadas ruedan sobre el plato de postre. Él me observa con avidez, se le hace agua la boca.

Lo adquirí en el mercado de pulgas de Plainpalais de Ginebra que se puebla miércoles y sábados de mercaderes y mercachifles.
El elegante cuervo lucía aquella tarde en un mostrador, muy campante, cruzado de piernas. Tenía la misma gracia, el mismo aire de distinción.
Entre máscaras, campanas, relojes y otros objetos antiguos, era maese cuervo el que daba la hora.
Atento el ojo, contemplaba con puntualidad los ires y venires de las cosas, el comercio incesante de la vida.

Se siente bien cuando me acompaña. En su silencio percibo un hálito de ternura, pero yo sé que en el fondo lamenta su naturaleza de madera.

El preferiría ser cuervo de carne y hueso y aguardar el momento propicio para sacarme los ojos.

A Patricia Zamora y a Carmine Amen

FÁBULA DE LA JIRAFa DE MADAGASCAR EN SANTA INÉS

Vino en primera. Sus patas todavía pisaban tierra
cuando el avión ya estaba envuelto en nubes.
La conocí en Ginebra, pero ha nacido en Madagascar,
isla de África donde el viento llega con un rugir de
leones, sus temidos vecinos geográficos.

La Luna en cuarto menguante se adorna con el sutil
cuerno de la jirafa. Ella ha impuesto el peinado
Caracol.

En Santa Inés vive junto al balcón. Si le place mira
cerros y bosques cercanos. Se aclimató a la semana de
llegar.
Se me hace que el paisaje le simpatiza. La cubre de
lunares la Luna y de manchas oscuras el Sol.

Por mucha oreja que ponga la jirafa no oye lo que
hablan las hormigas.
A ella le está dado hablar con las estrellas, aunque
carezca de voz.
Ni el elefante, cuando lo intenta, alcanza con su trompa a
decirle secretos en el oído.

Sus pantorrillas son dignas de la mejor pasarela del Arca.
Los zancudos se desbarrancan cuando se proponen
picarle la cerviz.

Ascender al empinado cuello de la jirafa es un desafío
que conduce al vértigo. Lo saben alpinistas, picaflores,
murciélagos, el tucán de enorme pico, el jirafa, que se
fatiga hasta el desfallecimiento besando el prolongado
cuello. (Los murciélagos quisieran succionarle la yugular.
Tendrían sopa para el resto de sus días).

Frente al atardecer se acicala imaginándose que es Nefertitis
y sueña con posar para El Greco o para Modigliani.

Desde el derrumbe de las torres gemelas la jirafa padece de
Insomnios.

Cada vez que se acerca un avión esconde la cabeza entre las
nubes, presa de pavor.

Otra de sus pesadillas es que una serpiente la estrangule
Tiembla cuando ve una grúa en la ciudad, ese férreo
animal antediluviano.

La jirafa nada sabe del chanchito de tierra, del escarabajo,
del ciempiés.

FÁBULA DEL CAJÓN DE LOS VERSOS PERDIDOS

Salta de un barroto a otro el silencio amarillo de la jaula vacía.
La jaula sin el pájaro se ha puesto a cantar. ¿Es su ánima o sólo su pena?
¿Dónde está tu cabeza? le pregunto a mi sombrero. ¿Sólo piensas con
cabeza ajena?
Nunca supimos quién era el gato del antifaz. Lo llamábamos
Fantomas.
¡Ya no me asustas, sombra, cuando escucho tus pasos! ¿Crees que
aún soy niño?
Ni mis lágrimas ni la lluvia saciarán tu sed, agua de la fuente.
En mis sueños hasta las olas del mar son dulces, aprended, lágrimas.
¿Si ve que cambio de traje por qué el espejo no cambia de agua?
Yo sé que los fantasmas se ahogan en el espejo. ¿Entonces por qué
sigo vivo?
En cuanto nos quedamos dormidos los trajes del ropero salen a
caminar solos.
Jamás se ha sabido que sueñen los muertos. ¿quiere decir que existo?
Qué será de mis zapatos cuando me vaya, ¿tomaran otro camino?
Déjenme la puerta abierta. Quiero volver si me ausento. Que no se
enteren, por favor, que me fui sin despedirme.
¿Por qué me has abandonado?, me pregunta mi máquina de escribir.
Y no sé qué responderle.
Huye la rosa de las caricias del cardo. ¿De qué huyen el río, el
viento, la niebla del atardecer?
Los lapiceros que he perdido, donde quiera que estén ¿me escribirán
una carta?

Las preguntas que nunca hice ¿se ahogaron en mi pecho?
¡Tanto que anduvimos juntos, y ni mi sombra se acordará de mí!
Qué soledad la de los libros que no los ha leído nadie.
¿Cuándo yo muera morirá también mi sombra?
¿O volverá al regazo de la noche?
Gracias, paredes de mi casa, por protegerme del frío.
Gracias, techo. Gracias, ventanas, por dejar pasar la luz.

FÁBULA DE LA COCINA Y EL DIABLO

De la chimenea de una cocina antigua aparece el diablo
echa óxido y humo por pelos y oídos,
sus ojos son brazas sazonadas en el infierno;
le alza, el condenado blasfemo, la mano a Dios;
sus cuernos tenebrosos no cesan de procrear tormentas,
habla el mismo idioma de ajos, truenos, rayos y cebollas;
mete la cola en todas partes, desencadena entuertos,
con trinchas persigue a los chanchitos de tierra,
marchita las azucenas con tufo de aguardiente,
pinta de negro las hornillas, derrama la sal,
en el caldo servido echa bocanadas de azufre;
a mares hace llorar a la cebolla, enfurece al ají,
le saca filo a la espina oculta en el pescado,
sobre el mantel vuelca el aceite hirviendo,
mantiene en el plato de sopa el puchero caliente,
intenta achicharrar la boca de los ángeles;
después, por la noche, en su aposento en llamas,
llora tan humano, contrito y triste, y se arrepiente.

FÁBULA DE LOS JARRONES SHIPIBOS

Te saltan a los ojos dos jarrones en cuanto abres la puerta.

Tienen formas humanas, hembra y macho. Me los trajo el brujo Javier Dávila de la selva amazónica, cerámica modelada por manos sabias de la tribu de los shipibos, custodios del bosque y de cuanta persona es alumbrada entre árboles, sean humanos, aves o réptiles: la etnia de los conibos y los setebos; el paujil, de pico bermejo y pluma oscura teñida por la noche, o la shushupe, víbora repelente, de mordedura mortal que hasta el demonio le teme.

En ese bosque de copas desmesuradas, de erizadas lianas, de bejucos, fangales y riachuelos, de tormentas que desbarrancan el cielo, de griterío de insectos comandados por la mantablanca, en esos trechos húmedos de troncos y ramas, camina dando saltos el sapo gigante que se deja devorar por la maldita boa y una vez instalado en el vientre del ofidio devora todo por dentro y vuelve a salir al pantano; crece la tzangapilla, flor de temperatura caliente como pubis de mujer joven; se empinan árboles que hunden sus raíces en las estrellas, otros con raíces que avanzan a flor de tierra asfixiando toda planta que se atreve a crecer junto a ellos y en su expansión amenazan con desaparecer el bosque; lagos que hipnotizan con ojos en su interior; nativas que conocen mejunjes de amor y preparan la puzanga del placer a grados de locura; el ayahuasca enfrentándote, cara a cara, al rostro del ser que fuiste antes de nacer y te devuelve sanitos a tus antepasados muertos para que les converses, limpia tu corazón de telas de araña; se oyen en la floresta aves que hablan varios idiomas y el uirapuru que canta una sola vez al año y callan los demás animales para su concierto, tal es la fascinación de su flauta dulce;

la bufea, pez hembra, de vagina de mujer núbil,
deleita al hombre y es muy apreciada en las riberas
febriles del Amazonas; lo mismo se cuenta del bufeo que
dilatando el olfato sale del agua en busca de humana,
atraído por el olor desafiante del cuerpo terrestre.

De este suelo se forjó la arcilla que esculpió el torso de
los jarrones. Sus ánimas te reciben y te servirán de
guía cuando te internes en su fronda misteriosa.

A Arturín Gonzáles Andrino

LA
NOCHE
EN LA TORRE
DE LOS ALUCINADOS
(homenaje a Xanno)

No es torre de marfil,
es torreón de vigía la
torre de los alucinados.

Por las noches jamás
se apaga el lamparín:
el poeta no deja de soñar.

Trashumantes andarines
van escalando la colina
guiados por el duende
de rabo azul y triste.

La música de sus pasos
despierta a los grillos,
intérpretes de barrocas
sonatas en las escaleras.

Llega el juglar andarín
a la torre desierta,
mientras duerme hecha
a volar sus sueños
en forma de pájaros.

Que vuelvan los que ya
se fueron. La Luna que
encendieron les reserva
una corona de plata.

PLEGARIA DE OTOÑO DESDE EL BALCÓN OBSERVANDO EL ATARDECER

El Balcón es un vuelo que se detuvo en el primer impulso.

Salimos a él como a la terraza de una nave espacial.

Mis ojos y los tuyos beben en la copa de los árboles los verdores del bosque y la tarde nos alcanza, para que bebamos juntos, el cáliz del crepúsculo, mientras los tordos con su canto dicen su oración, antes que la noche tiña su plumaje negro.

¿Qué pasa, balcón, que no vuelvan las oscuras golondrinas? Esas que jugando llamaban con el ala a los cristales, esas no volverán.

Apoyados en su madero diviso los cerros.

A lo lejos, una palmera se deja envolver el cuello con una nube.

El floripondio suspende de las remas la palidez de sus lámparas.

La ardilla, escabulléndose entre los árboles, busca las pecanas que se disputa con los loros.

La abeja se abastece del dulzor de las flores y corre por los aires a fabricar su panal. ¡Ah, si el hombre emulara sus afanes por endulzar el mundo!

En el patio, junto a un reguero de pétalos mustios, yace un moscardón muerto.

Las hormigas cargan sus hombros una lombriz.

El viento de la tarde arrastra los restos amarillos de una mariposa.

Nos ofrece, el balcón, desde sus barandas azules, las visiones de la vida y la muerte.

Yo que escribí la fábula de los animales y los hombres, un día también me iré. Y, oh dolor, como aquellas golondrinas de Bécquer, a tu regazo, amor mío, nunca más volveré.

**AUTORETRATO CON MI ANTIGUA CÁMARA DE CAJA
MARCA KODAK**

...el perezoso Arturo...
Francisco de Quevedo y Villegas

Olvidadizo hasta retener en la memoria los días previos a mi
 nacimiento y a lo acontecido después de mi muerte;
cabello blanco y agitado como el mar de la infancia bañado de
 gaviotas;
cinco dedos d frente, extendida, semejante a la palma de la mano;
las cejas aún negras, vestigios del oscuro rocío de la noche;
ojos que nunca ocultaron sus lágrimas ni develaron las visiones
 interiores que son incontables, inmateriales, intransmisible;
nariz, sobria, atenta a los vapores de la tierra después de la lluvia y al
 olor a ostras y a mujer que el mar desnuda y posee en el verano;
labios, hechos para el beso furtivo y el silencio, aunque de una boca
 que no sabe callar,
 lengua discreta, para lengua larga la corbata;
 dientes que rechinaron de frío
 de miedo diente con diente
 que fueron de leche pendientes de un hilo
 que duelen como algunos olvidos
 que se van gastando,
 nuestros dientes son los ríos que van a dar a la mar de las
 demoliciones: restos de cangrejos, conchas, espinas de erizo,
 cascajo de osamentas;
las mejillas más propensas al sonrojo de la palidez que al carmesí
 mestizo de una cara desteñida;
el mentón nada sobresaliente;
orejas tirando a grandes, heredadas del padre que supo oír en su
 despacho de juez la misma voz metálica de la justicia en cada
 platillo de la balanza;

cuello mediano, menospreciado por los cisnes y los hipopótamos,
 nada de sogas
 de cadenitas
 de collares
 de cuellos duros como los condorazos
 partidario del cuello suelto de la camisa;
la percha de los hombros, fácil a la amistad, a la palmada imprevista,
 al fraternal abrazo insospechado,
clavículas en disimulo;

la espina dorsal, sin dobleces, sin picos de loro, rosal de tallo
bondadoso, ajeno al hincón artero;
el costillar en mi juventud casi como el de Rocinante;
los pectorales (como se dice) al final ya de la jornada;
brazos y manos, cordiales,
brazos sobrevivientes, remeros del Arca, nave a la que no alcanzó
 registrar mi kodak
 ni alcanzó a soñar con el flash, el zoom ni la imagen digital;
entrecruzadas las líneas de la mano, diseñan caminos, atajos,
 callejuelas desorientadas, pasajes que llegan a su fin ¡Stop!;
uñas cortas, el arte de dejárselas crecer es patrimonio de los
 banqueros;
vientre normal,
el ombligo hundido,
más abajo el muñeco con sus accesorios, aguardando la seducción de
 la noche y una piel sedosa que le de la dulce cuerda requerida
 para incorporarse y ponerse a bailar;
las piernas andariegas y flacas (canillas de chico adolescente)
 caminando en el agua,
 pisando nubes, tierra, aire y fuego, donde las lleve el viento,
 aferrándose a las
 hélices de los sueños;
de 38 cm los pies, con el dedo gordo que abre bien el ojo
para no tropezar;
los tobillos cumplen su función de escuderos, prestos a proteger el
 talón de Aquiles
 del perezoso Arturo, tobillos que resondran a los calcetines,
 a los zapatos
 a las sandalias
 a las alpargatas
 guiándolos en la travesía
inculcándoles que no se detengan al llamado de la Luz,
que ciega la trocha en sombras al expirar la vida.

A Justo Jorge Padrón

CASA DE FANTASMAS

Mi casa está llena de fantasmas,
esas sábanas con las que duermo,
esas páginas en blanco sobre las que escribo,
luna que se convierte en pez y se baña en las aguas plateadas
de la fuente,
luz que se evapora hasta volverse cisne;
las paredes de cal escuchan todo con sus oídos tarrajeados y
pálidos;
los fantasmas son los nardos del jardín, las níveas rosas
que aguardan en los altares, con atuendo de novia, como si ellas
se fuesen a casar;
la niebla que deambula y se desvanece al amanecer;
las nubes errantes que se posan en la cima de los cerros
y huyen con el viento como corderos asustados;
los fantasmas vienen desde muy lejos, se fatigan con facilidad;
hacen ruidos, a veces dejan oír sus pasos y sus quejumbres;
abren puertas, cierran ventanas, hacen rechinar cigarras y
cerrojos;
asumen formas que el ojo no ve y expanden un frío que las
manos perciben en una brisa helada;
para ver a los fantasmas me froto los ojos con legañas de perro;
fantasmas son las monjas de caridad, con hábitos translúcidos y
tocas almidonadas y sin mácula, entran ellas sin tocar la
campanilla,
los fantasmas son seres tristes, huidizos,
se acurrucan en los cuartos oscuros, en la mansión cerrada,
castillos abandonados, viejas casonas, parajes desiertos;
son ariscos y tienen miedo,
son transparentes casi como los ángeles,
atraviesan los muros,
poseen mil disfraces: el lechero que pasa con su cántaro al
hombro es un fantasma
el loco del barrio que se cree pájaro y agita los brazos como
alas es también un fantasma: duerme en la copa de los
árboles, cuando no encuentra a Dios conversa con el diablo,
al que increpa, le jala el rabo y le lima los cuernos, sólo él se
atreve;
el pájaro cucú es un fantasma oculto en el reloj, pregona que
se nos va la vida: Tiempo Tiempo Tiempo Tiempo;
fantasma es el cartero que pasa arrastrando su fardo de calles y
nostalgias, lleva cartas sin remitente y sin destinatario;

los evangelistas con su maletín negro y sus caras de palo;
aquel desconocido que nos pregunta la hora y al alejarse no

dejan huellas sus pisadas;
es el jardinero de barba de hierba encanecida, al que vemos
salir sin haberlo visto entrar;
los fantasmas se alimentan de aire,
de espárragos, de algodones de azúcar y palomitas de maíz,
se empolvan la cara con harina de trigo,
no piden ni reclaman nada,
se conforman con mendrugos de nieve para frotarse los labios;
a veces borran mis poemas del ordenador (críticos implacables)
y yo culpo a este aparatito de Dios o del demonio;
con ellos convivo, me tropiezo, conversamos abatidos en
noches solitarias.

En mi casa hay un fantasma huraño que mora en el espejo
y asoma cuando yo me acerco, él sueña que Eros, el de las
manos ardientes, no el frío Tánatos, le ordenará los cabellos
canos y le besará la frente el día que quede en el lecho
dormido para siempre, registrándose como uno más en el
gremio de los fantasmas.

BALADA DEL DESCONSOLADO

*Del libro
Baladas de la piedra, del amor y de la muerte*

En busca va de calma,
vuelven los pasos del poeta hacia la vastedad del mar,
ansía hallar en su infinito
bálsamo para su alma,
mientras, lejos, escucha desbarrancarse al río
que de su destrucción hace su rito,
mas ve que el mar se encrespa en olas para implorar al cielo,
tamaño desvarío
lo rompe en mil pedazos
y cae otras mil veces sin encontrar consuelo;
no hay quietud en el mar
y no hay regazos
para el agua sedienta de cauce terregoso
que en su delirio busca un mar sereno;
es el poeta mar y al mismo tiempo río
y como mar y río no encontrará reposo.

BALADA DE LA VIDA Y LA MUERTE DE MAMÁ VICTORIA

Ataviada de aretes
y collares,
aparece, triunfal, tía Victoria.
Ella pasa por los años
sin que se atreva a lastimarla el tiempo.
Por ella no pasan los años,
han aprendido a respetarla.

¡No podemos tardar,
nos espera con la mesa tendida!

Ella sabe que la llamamos madre
cuando le decimos tía ¡Victoria!
¡Cuánta Victoria en una sola tía!

En un confín de duelos y quebrantos,
qué dichosa se siente la familia
celebrando su única Victoria.

Nada.
ni el asedio perverso de las sombras
pudo doblegar tu juventud,
incólume, permaneció tu rostro
que no pudieron mancillar los dedos
huesudos y amarillos de la muerte.

Permaneciste hermosa y sabia
hasta el final de las horas difíciles,
después de haber cumplido un siglo,
que no es poco,
en este planeta que se deteriora.

Que soledad la del sillón vacío, la del pastel
humeando en la cocina, pálido.
Ya nunca más, la mesa puesta
tendrá el mismo sabor
ni podrán curar los guisos el desgano del paladar.

Te ha de llorar la luna, tan lívida
tan noche.
Te ha de llorar el mar.

Tu mar de Salaverry
que en agua convertiste la sal amarga.

Qué manera de transformar en hijos
la cordillera de nietos, biznietos y sobrinos.
No sé como pudo tanto amor caber en tu corazón,
en qué pecho ahora se acurrucará la pena,
qué vaso de agua calmará nuestra sed.

Con los ojos cerrados, desde tan lejos
amparándonos,
continuarás velando nuestros pasos,
colmándonos de buenas vibraciones la vida.

Mas que tía, fuiste Mamá Victoria.
Victoria de la armonía, Victoria de la belleza,
Victoria de la generosidad.

Fuiste para nosotros la salud, el aire, el sol,
sembraste bondades y semillas en tus macetas,
Madre Suero, Madre Oxígeno, Madre Transfusión
de energía en nuestros cuerpos débiles.
Hasta que un día oscuro y frío,
desairando la lentitud de Alerta Médica,
te subiste al tren que moraba en tus sueños
y enrumbaste a la luz, vencedora de la muerte.

BALADA DE LA ÚLTIMA OFRENDA

Me niego a que se pudran estas venas
por las que mis padres y otros míos
navegan viniendo desde tan lejos;
no quiero ese final para estos ojos
con los que miro y lloro;
para estos pies
que beben andando sobre la tierra
la sed de los caminos;
no se volverán carroña, merienda
de gusanos, este cerebro
ni este corazón cuando yazgan sin irrigación, inmóviles;
nacieron mis brazos para abrazar. Llegará el día
de abrasarse, incinerad lo que quede de este cuerpo.
No sabe hacer otra cosa que arder,
ese es su destino,
ese será el incienso que ofrendaré a los dioses.

BALADA DE LA ESPERA

Viene tan callando
la malhumorada,
no se sabe cuándo.

Verle, cuando venga,
la mano luxada
y la pata renga.

Osa darse maña
de que nadie vea
la ósea guadaña
de su cara fea.

Sórdida y callada
magra y desdentada
hurga y olfatea
la desnarigada.

Ilustre huesera
(qué sola la espera),
su risa mentida,
entre ceja y ceja,
la tengo metida.

Viene tan callando,
suelta la crispeja,
no se sabe cuándo.

Oh vieja pelleja
que todo lo invernás,
vienes acezando,
torcidas las piernas,
cansina y cojeando.

Te estoy esperando.

BALADA DEL LEGADO A PROPIOS Y EXTRAÑOS

Hoy, día de mis funerales,
les dejo a todos, equitativamente, mi cuerpo injuriado por los
años,
los vientos y los pájaros.
A Rosi, mi mujer, le dejo mis labios, besados por la muerte, esa
desconocida.
A los hijos, mis ojos (nunca cerrados ni cuando sueñan).
Mis patas de gallo, a la muchacha que me observa taciturna y ya
no espera, en la noche de su corazón de una madrugada. Para ella
también mi pelo blanco.
El gesto menos rígido, a mis hermanos.
Mis pulmones, que no probaron cigarillo, a quien le hiciera falta
un poco de oxígeno.
Mi apretón de manos al forastero que a menudo tocó mi puerta.
Partículas de estrellas mis testículos y mis genes, al espacio sideral.
Mis piernas flacas, a los caminos que conducen
a las nubes o a los cipreses.
Mis tobillos, al oscuro andarín de la noche.
El rubor de mi palidez, a los crepúsculos.
Al grillo, mis cuerdas de juglar.
Mi capa, a los murciélagos.
Mi memoria, al mar.
Al muelle de Salaverry, mi pañuelo de adiós; me voy con las
gaviotas detrás de los barcos.
Mis delirios, al viento de Chillán y su Antología de Aire.
El madero vacío, a los gusanos (siento decirles que se quedarán
sin cena).
A los amigos, mi última broma; no les dejo nada.
Les dejo todo: el encargo de incinerarme.